

## Don Quijote: ¿una identidad moderna?

René Aldo Vijarra

Universidad Nacional de Córdoba

En el prólogo al *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* de 1605, Cervantes escribe lo siguiente:

(...) y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto, al rey mato. Todo lo cual te esenta y hace libre de todo respeto y obligación, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della (I, 51)<sup>1</sup>

Tomando al pie de la letra lo que don Miguel me dice -y nos dice- me atreveré, con su autorización, a opinar sobre tan magna obra después de 400 años de la aparición en sociedad de la segunda parte. Obra reconocida a nivel universal por su calidad literaria, por su técnica narrativa, por su trabajo con el lenguaje y por toda la modernidad que ella representa. Y hablando de modernidad deseo plantear brevemente en este espacio una acuciante problemática de la temprana modernidad, la cuestión de la identidad, en este caso la identidad en Don Quijote.

La pregunta por el ser de nuestro héroe ha recorrido las páginas de la crítica literaria y es muy probable que siga siendo un acicate vivo que invite a leer y re-leer la obra desde distintos postulados teóricos. Propongo, en este caso, alejarnos de una visión de la identidad como un proceso de identificación que se construye sobre la base del reconocimiento de algún origen común o unas características compartidas con otras personas o grupo o con un ideal, en cambio sugiero abordar la problemática desde un enfoque discursivo, en donde se ve a la identidad como una construcción y un proceso nunca terminado. Al respecto, Stuard Hall (2011) afirma que las identidades son construidas por los discursos, prácticas y posiciones diferentes, y en la misma línea de pensamiento, Leonor Arfuch señala que “no hay identidad por fuera de la representación, es

---

<sup>1</sup> Edición, introducción y notas de Luis Andrés Murillo 1986.

decir de la narrativización - necesariamente ficcional- del sí mismo, individual o colectivo” (2005:24). “Toda identidad -señala Martucelli- se constituye progresivamente gracias a un trabajo discursivo por el cual el individuo logra dotarse de una representación unitaria y coherente de sí” (2007:306). La identidad es un espacio donde el individuo por medio del relato se forja un sentimiento de continuidad y de coherencia interna a través del tiempo de modo que le permite tomarse narrativamente como un individuo singular, pero siempre con la colaboración de elementos sociales y culturales (Martucelli 2007).

Al proponer que la identidad es una construcción discursiva y teniendo en cuenta la diversidad de voces que arman la historia del caballero, es lícito preguntarse quién es don Quijote.

### **Identidad y sujeto en la España pre-moderna**

En España, los aires de renovación se iniciaron a finales del siglo XV y se consolidaron durante el Renacimiento con las ideas aportadas por el Humanismo y sus estudios sobre el “*hombre*”. Desde comienzo del siglo XVI, la antigua estructura medieval con su perfecto equilibrio tanto en lo divino, como en lo social y moral quedó trastocada, y en consecuencia “se desorganiza la unidad del orden y se viene abajo la jerarquía entre las cosas divinas y humanas, entre los valores morales, entre las clases y los individuos en la sociedad” (Maravall 1986:29). Fue durante el Renacimiento cuando la idea de sujeto surgió con la cultura urbana, los viajes, la ciencia moderna, la economía, los cambios religiosos y tantos otros fenómenos complejos y, a partir de entonces, una representación de hombre y de mujer estuvo presente en diferentes discursos del ámbito socio- cultural.

Por aquella época, los estudios sobre el género humano adquirieron un interés y una sistematización sin precedentes hasta ese momento. Los tratados morales, obras filosóficas y científicas tuvieron el objetivo de llevar adelante el conocimiento de los sujetos, y por otro lado, se interesaron por tener el control sobre sus cuerpos, su moral y sus comportamientos sociales, hecho que se acentuó en la España pos-tridentina. Para Vilar, la idea filosófica de sujeto aparece en el siglo XVI y “en este sentido se puede sostener que la categoría sujeto es expresión del individualismo moderno en sus distintos aspectos y problemas” (1996:65). Durante el Barroco, los modernos habitantes de la ciudad creían cada vez menos en un orden moral, social y político inmutable del mundo garantizado por

Dios y sancionado por la iglesia y la monarquía, y en esta primera fase de la modernidad, según Berman (1988) las personas empiezan a experimentar la vida moderna y “apenas si saben con qué han tropezado”.<sup>2</sup>

A medida que aquel sujeto se fue desplazando de la antigua episteme medieval y acomodándose a la renovación de los nuevos tiempos, se vio confrontado con su propia individualidad, con su propio yo, por lo tanto tuvo que replantearse su posición y su función en la comunidad y la primera prueba, que debió enfrentar, fue lograr autocontenerse en un mundo que ya no lo contenía como antes y frente esa circunstancia el sujeto se hizo dueño de sus actos, se hizo autónomo (Martuccelli 2007, Vilar 1996).<sup>3</sup> “La autonomía del individuo -señala Femenías- radica en su libre voluntad y en su carácter racional, gracias al cual destruye y reconstruye el orden del mundo” (2000:53).

Desde la temprana modernidad, la identidad de ese sujeto autónomo se constituyó paulatinamente a través de representaciones presentes en los discursos literarios y no literarios provenientes de diferentes espacios políticos-culturales. En este sentido considero que la identidad es una construcción discursiva y por ello adhiero a una noción de identidad en donde los discursos adquieren una especial relevancia en su construcción y parto del concepto de Stuart Hall (2011) quien considera que las identidades son construidas a través de los discursos, las prácticas y posiciones diferentes y sólo pueden afirmarse a través de la relación con el otro. Además de formarse dentro del discurso, las identidades están determinadas por su momento histórico y por los ámbitos institucionales particulares y en el interior de formaciones y prácticas discursivas y, emergen en un juego de modalidades de poder. Al definir identidad Hall afirma:

Uso “identidad” para referirme al punto de encuentro, el punto de sutura entre, por un lado, los discursos y prácticas que intentan interpelarnos, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discurso particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de “decirse”. De tal modo, las identidades son punto de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas (2011:18).

---

<sup>2</sup> Para Berman la primera fase de la Modernidad se extiende desde comienzo del siglo XVI hasta finales del XVIII.

<sup>3</sup> “La categoría filosófica principal de esta época será la autonomía, es decir, la capacidad del individuo de pensar y decidir por sí mismo en asuntos prácticos” (Vilar 1996:67).

El investigador sostiene que el concepto de identidad es estratégico y posicional y nunca un núcleo estable del yo y surge de su narrativización. Desde la modernidad temprana, la posición del sujeto ya no es estable ni única, sino todo lo contrario, es variable a lo largo de la vida, en consecuencia la noción de posición coloca a la identidad en relación con un contexto. Al hablar de posición lo hago desde el punto de vista de Linda Alcoff quien afirma que “la situación exterior determina la posición relativa de la persona” (1989:19) y que dependiendo de la posición en la que se encuentre el sujeto, la misma puede utilizarse activamente como un emplazamiento para la construcción de significado.

### **La identidad de Don Quijote**

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme (...)”, ya son universalmente famosas estas palabras con que se da inicio a la obra y a continuación la descripción del héroe que concluye con una falta de precisión en los nombres dados a nuestro héroe:

Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; baste que en la narración dél no se salga un punto de la verdad (I, 1, 71)

Más adelante, en el capítulo 5 (parte I), su vecino Pedro Alonso, quien lo ayuda a retornar a la aldea, lo llama “honrado hidalgo del señor Quijana”, y en el capítulo 49 (parte I), don Quijote afirma descender de Gutierre Quijada.

Es evidente la ambigüedad con que se nombra a don Quijote. Riley (2001) propone pensar tres explicaciones a esta confusión: primero, como parodia a las dudas de la investigación histórica; segundo, como reflejo a las vacilaciones onomásticas de la época y por último, la confusión respondería a la naturaleza indeterminada del personaje antes de volverse loco y a su falta casi total de prehistoria. Sin desestimar estas posibilidades, prestemos atención a las palabras del narrador cuando dice que “esto” en referencia a los nombres “importa poco a nuestro cuento”, ya que lo verdaderamente importante es el “cuento”, es decir, no importa la identidad en tanto única, en tanto esencia sino que interesa en tanto existencia.

Desde el comienzo pareciera haber una ruptura con el pasado del protagonista, como si su nacimiento comenzara a los 50 años. “Poco sabemos de su vida antes de convertirse en don Quijote –dice Riley-, y quizás lo poco que había de memorable en lo que se podía saber” (2001:37), lo que no implica que no hubiera una identidad anterior desde una posición, es decir, don Quijote era un hidalgo, propietario, tenía vínculos sociales, era afecto a la caza pero mucho más a los libros de caballería, sin embargo nada trascendente para ser narrativizado hasta que “del poco dormir y del mucho leer se le seco el cerebro, de manera que vino a perder el juicio” (I,1,73). De tal modo, el discurso literario caballeresco forja la nueva identidad de Alonso Quijano, el Bueno, quien opta por una posición identitaria anacrónica: ser caballero andante.

Ya el maestro Avalor-Arce, desde otra perspectiva, vislumbró la idea de la vida como opción y afirma que el protagonista tiene desde el principio una triple opción: “seguir la vida vegetativa de un hidalgo de aldea, con sus pantuflos y palominos, o hacerse escritor, o hacerse caballero andante” (1975: 343).<sup>4</sup> Recordemos que a nuestro héroe “muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y darme fin al pie de la letra” (I, 1,72), pero finalmente su decisión es otra.

Una vez hecha su elección, el protagonista se construye discursivamente: “puesto nombre, y tan a su gusto, a su caballo, quiso ponerle a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar don Quijote” (I, 1,76). Los diversos nombres del protagonista, nos dice Avalor-Arce, desarrollan sus diversos horizontes vitales y “allí está la limpia y libérrima opción representada por el autobautismo, que le orienta seguramente hacia una forma de ser y un destino” (1975: 240).

Desde el inicio de su caballeresca vida tiene la clara conciencia de que sus prácticas darán ocasión a un gran relato:

-¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contarse esta primera salida tan de mañana, desta manera?: “Apenas había el rubicundo Apolo ... (I, 2,80)

---

<sup>4</sup> “En el otro caso [en referencia al Quijote], en la novela de Cervantes, la vida es opción, de manera radical, una opción continua y a veces torturante entre diversas posibilidades” (Avalor-Arce, 1975:342).

Don Quijote se convertirá en un sujeto susceptible de “decirse”, de ser narrativizado, su identidad se ha desplazado de la posición identitaria de hidalgo manchego a la posición de caballero andante, y a partir de ese momento y a lo largo del cronotopo de la aventura tendrá una clara auto-percepción de su identidad: “Yo sé quién soy –respondió don Quijote-, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama (...)” (I,5,106). Hay aquí una afirmación de una identidad posicional fundada en un saber sobre su ser, pero esto no es suficiente. A lo largo de la trayectoria vital, don Quijote va afirmando su identidad a través de su relación con los otros y, apenas iniciada la segunda parte, se muestra interesado y preocupado por conocer qué se dice de él, e interroga a Sancho sobre el saber que los otros tienen sobre su identidad:

¿Qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en que los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mí valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? “¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden de caballería?” (II, 2,55)

Identidad que don Quijote pretende sustentar en la opinión pública, en el coraje, en las acciones memorables y en los modales, todos atributos valorados socialmente y capital simbólico constitutivo de la identidad caballeresca. Pero “aún la cola falta por desollar” y Sancho le da la gran noticia sobre la publicación de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

De las variadas opiniones: “grandísimo loco”, “loco pero gracioso”, “valiente pero desgraciado”, una de ellas afecta más directamente a la identidad del hidalgo y es que “no conteniéndose en los límites de la hidalguía, se ha puesto don y se ha arremetido a caballero” (II, 2,56). A todas luces, don Quijote ha usurpado un “don” para construir su identidad pero qué importancia tiene esto en un momento histórico de uso y abuso de esa nominación. En su auto-construcción discursiva, el don es un adorno a su identidad la que solo se afirma con los atributos mencionados y con la virtud:

-Una de las cosas –dijo a esta sazón don Quijote- que más debe dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de la gentes, impreso y en estampa. Dije con

buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara  
(II, 2,60)

La virtuosidad de su buen nombre enaltece su vida y se sostiene hasta el lecho de muerte que lo vuelve a una identidad otra:

Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno (II, 74, 588)

Si durante su trayecto vital, las obras lo hicieron andar con “buen nombre”, en el tránsito a la inmortalidad esa bondad se imprime como parte constitutiva de su identidad. No es del todo correcta la afirmación de Riley cuando dice que “Don Quijote, una de las figuras ficcionales más fáciles de identificar es, al mismo tiempo, distintas personas; entre éstas las principales están indicadas con nombres y títulos diferenciados” (2001:49).<sup>5</sup> Desde mi postura discursiva, don Quijote es Alonso Quijano, el Bueno, y Alonso Quijano, el Bueno, es don Quijote, y además, es el “hidalguete” de pueblo con una existencia llana y aburrída. Distintas posiciones de sujeto que lo condujeron a optar, en forma consciente o no, por una identidad. Don Quijote nace en el interior de Alonso Quijano, quien desea fervientemente dejar de ser “un hidalguete” y otorgar a su vida un proyecto vital y trascendente y como señala Luis Rosales: “Don quijote no es en rigor un personaje, sino la sombra de un personaje, el proyecto vital de un personaje. Don Quijote es la ilusión de un hidalgo manchego que ha soñado un buen día en liberarse de sí mismo” (1985: 88).

Bien dice Avallé-Arce que “el protagonista del Quijote se nos presenta sin el milenarismo determinismo de sangre, familia y tradiciones” (1975: 341). La identidad de don Quijote está sustentada en el poder de la palabra, en la autonomía y libertad de sus prácticas y en las diferentes posiciones adoptadas a lo largo de la vida. Don Quijote es un personaje que se auto-constituye y lo constituyen por medio de la palabra y en esto radica la modernidad de su identidad.

---

<sup>5</sup> “Él es lo que es para sí mismo (don Quijote), lo que fue alguna vez (¿Quijana? ¿Quesada?, etc.), lo que es para los demás (el Caballero de la Triste Figura, don Azote, o don Gigote), el tipo de hombre que aspira a ser (el Caballero de los Leones), el hombre que será al final (Alonso Quijano), e incluso el que podría ser potencialmente (el pastor Quijotiz)” (Riley 2001:49).

## BIBLIOGRAFÍA

- Alcoff, Linda (1989). “Feminismo cultural versus posestructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría feminista”, *Feminaria* II.4, 1-18.
- Arfuch, Leonor (2005), *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires, Prometeo libros.
- Avalle-Arce, Juan B. (1975), *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel.
- Berman, Marshall (1988), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI.
- Cervantes, Miguel de (1986), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Edición, introducción y notas de Luis Andrés Murillo, Chile, Clásicos Castalia.
- Femenías, María Luisa (2000), *Sobre el sujeto y género. Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*, Buenos Aires, Catálogo.
- Hall, Stuart y Gay, Paul du (2011), “¿Quién necesita «identidad»?”, *Cuestiones de Identidad Cultural*, Buenos Aires, Amorrortu editores.
- Maravall, José (1986), *Antiguos y modernos*, Madrid, Alianza editorial.
- Martuccelli, Danilo (2007), *Gramática del individuo*, Buenos Aires, Losada.
- Riley, Eward (2001), *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*. Barcelona, Crítica.
- Rosales, Luis (1985), *Cervantes y la libertad*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- Vilar, Gerard (1996), “La identidad y la práctica” en *Tiempo de subjetividad* de Manuel Cruz (compilador), Barcelona, Paidós.